

SE NECESITA DINERO

REALMENTE la puerta de Durañona... ¿qué es sino una primera trinchera que estorba el paso del enemigo?... ¡Y son tantos esos enemigos!—pensará sin duda el soldado cauteloso como un secreto y pensativo como el propio señor Presidente.

Canta un gallo. De pronto, a lo lejos se divisa un automóvil rojo. Después, uno gris. Luego, uno verde. A seguidas, uno negro. Avanzan rápidamente. El centinela se detiene.

Los automóviles están ya junto a la puerta. Comienza la comedia cotidiana. Descienden de los automóviles varios políticos y algunos politiquillos. Todos se saludan:

—Pase usted.

—No; pase usted.

No; usted primero.

Y el centinela sonríe de una manera... ¡oh si lo hubieran visto los políticos y los politiquillos!... Pero ellos entraron velozmente, con el paso apresurado de los egoístas que van a realizar un negocio. De pronto, una patrulla a lo lejos. ¡Alerta, centinela! Vienen a paso de invasores. Llegan a la mansión que ya ha despertado por completo por el ruido que hicieron los políticos y politiquillos. Píden paso. Y... ¡adelante! La trinchera avanzada no ha sido eficaz. Y mucho más tarde, el despacho veraniego del señor Presidente se ve acometido por esta facción invasora...

El que lleva la voz cantante tose; vuelve a toser.

—Pues verá usted, señor Presidente,

venimos... bueno... usted sabe: nosotros formamos parte de la Escolta del coronel Olivera... que se denomina también "Admiradores del general Menocal".

—¡Huy!—piensa el general Menocal, al oír este preámbulo— esto se va poniendo serio.

El que habla, mientras los demás de la Comisión callan, prosigue:

—Nosotros... queremos... vamos... usted sabe general.

Una botella... esta vez de tinta, resbala de la mesa y se estrella contra el suelo. El jefe de la Comisión cree de su deber aclarar:

—...no... no queremos "botellas" sino...

Le cuesta trabajo decirlo; esa rotura de la botella de tinta le ha echado a perder el discurso. Pero al fin se vence a sí mismo y habla...

¿Qué dijo? Pues que ellos lo que querían era dinero. Se lo merecían. Porque el coronel Olivera, que ha terminado su carrera militar, convirtiéndose en capitán de Obras Públicas, no ha creado así, por lirismo político, su Escolta. La ha creado, primero, para "admirar al general Menocal", mientras sea un buen amigo político que es como decir gubernamental; segundo, para darle la presidencia de esa pequeña agrupación al doctor Raoul Rosado Aybar, que padece ahora de fiebre representativa; y, tercero, para que Azcona, el famoso racista, se olvide de su "gloriosa" epopeya de Hoyo Colorado.

Y como todas estas razones carecen de peso a los ojos del pueblo, ellos piden al general Menocal que le ponga a esas razones, el "peso"... o los "pesos" que no tienen y que ellos personalmente necesitan...

—Si ni nos dan dinero—dice uno de la comisión al salir de Durañona—no apoyamos la reelección de Menocal.

Pero Menocal, que piensa mucho y en su anterior encarnación fué sin duda torero—del mismo modo que Freyre, banderillero y Azpiazó componedor de bateas—le dió el quite a este miura... y mandó a ver a Armando André, el cual ya tiene instrucciones... de no hacer caso a tales pretensiones... Pero... ¿qué hacen entonces el coronel Olivera, el doctor Rosado Aybar, y el héroe de Hoyo Colorado?... ¡Imagínense!...

Volver a conferenciar en Durañona; Hevia asistirá, y se arreglará todo. Y el Presidente escéptico, exclamará:

—Claro, Aurelio... ¿no se les darían "botellas"... Pues es lo mismo... y después de todo, menos comprometido.